

# Los fantasmas tienen buena letra

María Fernanda Heredia

Ilustraciones de Roger Ycaza

loqueleo

*A todas las niñas  
que luchan contra  
los monstruos*

La mayoría de cosas importantes en mi vida han ocurrido sin que yo las esperara. Sin que yo imaginara que iban a llegar a mí.

No elegí a mi tía favorita, y cuando nació ella ya me estaba esperando.

No elegí a mi hermana María, es más, mis padres ni siquiera me consultaron si quería tener una hermana, y un día llegó a casa desde el hospital con esa carita de extraterrestre verde, calva y sin dientes; y yo supe que aunque era horrible y babosa yo la amaría por siempre.

Tampoco elegí a Trueno, mi perro, que un día apareció en la puerta de mi casa en medio

de una tormenta y no se movió de ahí hasta que lo dejamos entrar. Ya adentro, movió la cola, mi mamá lo envolvió en una toalla limpia y desde ese día se sintió oficialmente parte de la familia, más aun cuando se dio cuenta de que mi mamá se dedicaba a hacer postres y galletas para vender. Cuando le vio sacar un pastel del horno movió la cola y la miró emocionado como si con su mirada quisiera inventar el refrán: “El perro es el mejor amigo de las señoras que hacen pasteles”. El nombre Trueno se debe a la tarde de lluvia en que llegó a nuestras vidas. Y aunque se acostumbró a ese nombre muy rápidamente, yo he llegado a pensar que quizá nos apresuramos demasiado en bautizarlo y el nombre no va con su personalidad, cada vez que escucha un trueno se esconde debajo de la cama y llora. Lo admito, con ese nombre tan rotundo, Trueno es un poquito cobarde.

También llegó de forma inesperada a mi vida mi mejor amiga: Elvira. Ella tiene nueve años como yo, y también tiene una hermana pequeña. Yo la conocía porque vive cerca de mi casa, siempre me pareció una niña asustadiza y triste, y nunca se me ocurrió hablarle; hasta que un día la encontré llorando en la calle y le pregunté qué le pasaba. Me contó que el bruto de su primo la había golpeado y me senté a su lado hasta que dejara de llorar. Después la invité a jugar a mi casa (vivimos en el mismo barrio) y no volvió a separarse de mí. Gracias a eso también llegó inesperadamente mi primer enemigo, Rogelio, el primo de Elvira. Cuando le dije que no volviera a golpear a mi amiga, él me amenazó con darme la misma dosis que a ella si seguía metiéndome en lo que no me importaba. Pero Elvira, aunque es llorona y a veces un poco ingenua, me importa.

Tampoco elegí a mis padres. Y aunque a veces parece que viven en otro planeta, creo que son los mejores padres que me podían haber tocado.

10 Son un poco atolondrados y no se parecen en nada a los papás correctos y elegantes de los comerciales de televisión.

Mi papá es flacucho y bajito (más bajito que mi mamá), además es alérgico y siempre está estornudando; en mi casa no pueden faltar los pañuelitos de papel porque mi papá tiene alergia al frío, al calor, al polvo, a los ácaros, al polen de las flores, a los gatos, etc. y siempre se está sonando. También tiene alergia a ciertos políticos, y cada vez que los ve aparecer en la tele, mi papá comienza a estornudar y se le llena de granitos rojos la cara.

Otra cosa rara de mi papá es que cuando está en casa usa sus pantuflas preferidas. Él las llama “las celestiales” porque dice que con

ellas siente que camina sobre nubes. Hasta ahí nada raro, pero lo cierto es que las celestiales son más viejas que los dinosaurios, están rotas, deshilachadas y con el tiempo han adquirido un color incierto entre el marrón-rata y el verde-iguana. No sé cuántas pantuflas nuevas ha recibido de regalo mi papá en cada Navidad y en cada cumpleaños, pero siempre vuelve a las celestiales. Cuando mis compañeras de colegio vienen a casa yo muero de vergüenza cuando mi papá aparece con sus pantuflas vetustas con las que parece que lleva un gato muerto en cada pie.

11

Mi mamá es gordita y le gusta bailar cumbia, reguetón y tecno, mientras cocina y prepara postres. Ella hace pasteles, galletas y dulces de todo tipo para venderlos entre las vecinas.

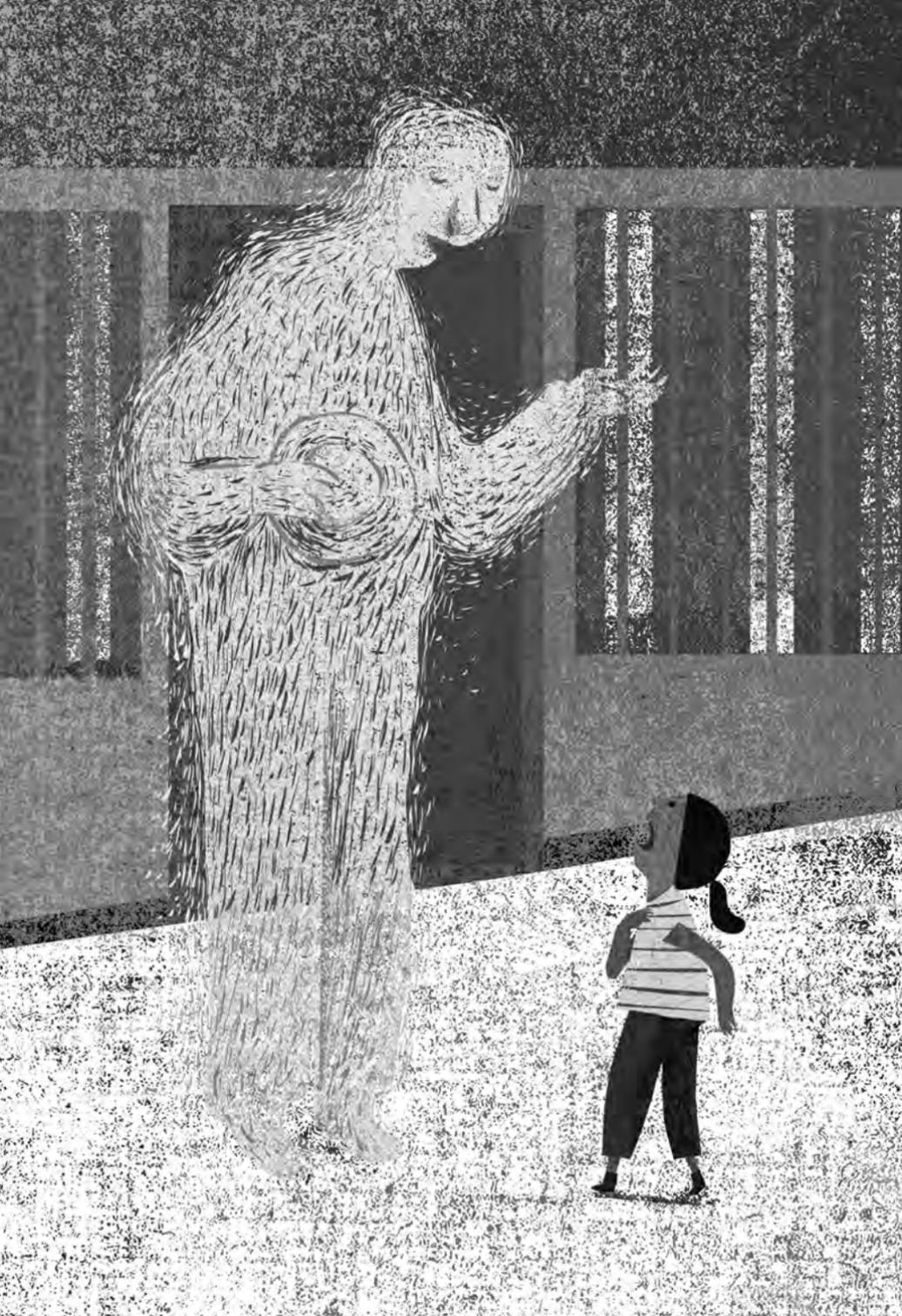
Aunque tiene unos kilos de más, mi mamá se siente a gusto con su cuerpo y siempre dice

que la única curva que a ella le importa es la de su sonrisa. Se viste con colores alegres y con frecuencia cambia su peinado, se hace coletas, moños, usa diademas y lazos.

12 En un primer vistazo en mi familia nadie parece actor de películas del canal Disney. Tampoco mi casa se asemeja a una de los comerciales de la tele (de hecho no le caería nada mal una buena mano de pintura y una nueva puerta en el jardín); aun así me alegra que la vida haya elegido esta casa y esta familia para mí.

Pero hubo un personaje al que no estaba esperando y que apareció en mi vida de improviso.

Cuando lo vi llegar pensé que mis ojos me estaban engañando, me los restregué y cuando volví a abrirlos él estaba ahí, con su aspecto brumoso y su estatura inmensa; con su rostro pálido y transparente.



—Buenos días —dijo él con extrema suavidad retirándose el sombrero que le hacía lucir todavía más alto. Y extendiéndome su mano continuó—; he venido a quedarme contigo durante una temporada. Espero no ser inoportuno.

14 Su mano helada se hizo humo cuando apretó la mía, y al verlo sentí que me quedaba sin aire.

Sí, sí, me refiero a un fantasma.

tipo que me cae muy mal, se llama Rogelio, o a un profesor que es furioso como un ogro. Váyase, ¿sí? ¡Déjeme en paz, por favor!

El fantasma suspiró, sacó un pañuelo de su bolsillo e hizo como si se secara un sudor inexistente.

50 —Me temo que no puedo dejarte en paz, Manuela, he venido a cumplir una misión secreta y debo quedarme a tu lado hasta ejecutarla. Intentaré asustarte lo menos posible, lo prometo, pero tendrás que soportar mi presencia durante un tiempo.

Lo volví a mirar; era muy alto, tenía las piernas y los brazos largos, y una cabeza enorme sin un solo cabello sobre la que colocaba un sombrero con el que se veía más alto aun, además era transparente, blancuzco y brumoso, y todo eso me provocaba escalofríos.

Mis papás me habían dicho desde siempre que no hablara con desconocidos, pero nun-

ca me habían dicho qué hacer cuando ese desconocido fuera un fantasma.

—¿Y puedo saber de qué misión secreta se trata? ¿Cuánto tiempo se quedará? —pregunté con curiosidad—. Por cierto, ¿tiene usted un nombre o tengo que llamarle Señor Fantasma?

51

—Perdona, tienes razón, no me he presentado, mi nombre es Aldo —extendió su mano y me entregó una tarjeta de presentación que alcancé a leer en menos de siete segundos, el tiempo justo antes de que se hiciera humo—, y por favor te pido que dejes el *usted* y me trates de *tú*. En cuanto a la misión, no puedo hablarte de ella, es secreta.

—¡Pero al menos dame una pista! ¿Es una misión peligrosa? ¿Me pasará algo malo? ¿Cuánto tiempo tendré que soportarte? ¿Me voy a morir?

Él meneó su cabeza y respondió:

—No te vas a morir, qué locura es esa, qué mala fama nos han dado a los fantasmas. Te prometo que somos totalmente inofensivos.

—Pero al menos explícame de qué se trata.

52 —Lamento no poder responderte. Solo te diré que esta misión será una prueba para los dos.

—¿Para los dos? No entiendo nada.

—De tu objetivo no te puedo hablar, Manuela, pero sí del mío. Si superamos la prueba, yo subiré a la siguiente categoría... ya sabes, dejaré de ser un Fantasma Estándar y pasaré a ser un Fantasma Premium.

—¿Eres un Fantasma Estándar? ¿Ni siquiera me han enviado un fantasma profesional?

Se sonrojó, sus mejillas se pusieron ligeramente rosadas transparentes, y dijo:

—Bueno, en realidad soy Estándar Plus y tengo varios años de experiencia, pero estoy buscando el ascenso a Premium. Eso sería muy bueno para mí.

—¿Te suben el salario o qué?

—¡Sí, y me dan un mes de vacaciones! ¡Además puedo elegir dos poderes adicionales! He pensado pedir un tipo de voz más grave y efectos especiales.

—¿Y esa misión secreta para tu ascenso incluye que me escribas notas extrañas? ¡No creas que no me di cuenta! —le reclamé—. ¿Qué significa eso de que “te dirán que no puedes”? ¿Qué es lo que no puedo?

—Precisamente así comienza tu misión...

Y antes de que Aldo terminara con su respuesta, Trueno apareció entre los matorrales y nos vio. Yo pensé que al ver al fantasma me defendería como un tigre feroz, pero no, se quedó paralizado como una estatua, se hizo

pipí y finalmente se desmayó. ¡Trueno podía ver a Aldo!

—¡Haz algo por él! —le grité—. ¡Dale respiración de boca a hocico! ¡Se va a morir!